

"La reducción a cuestiones puramente personales —Dubcek— de un importante movimiento político revela un grado de ingenuidad y de buena fe que pueden ensalzar a un hombre, pero que no tienen que acompañar necesariamente a un primer ministro".

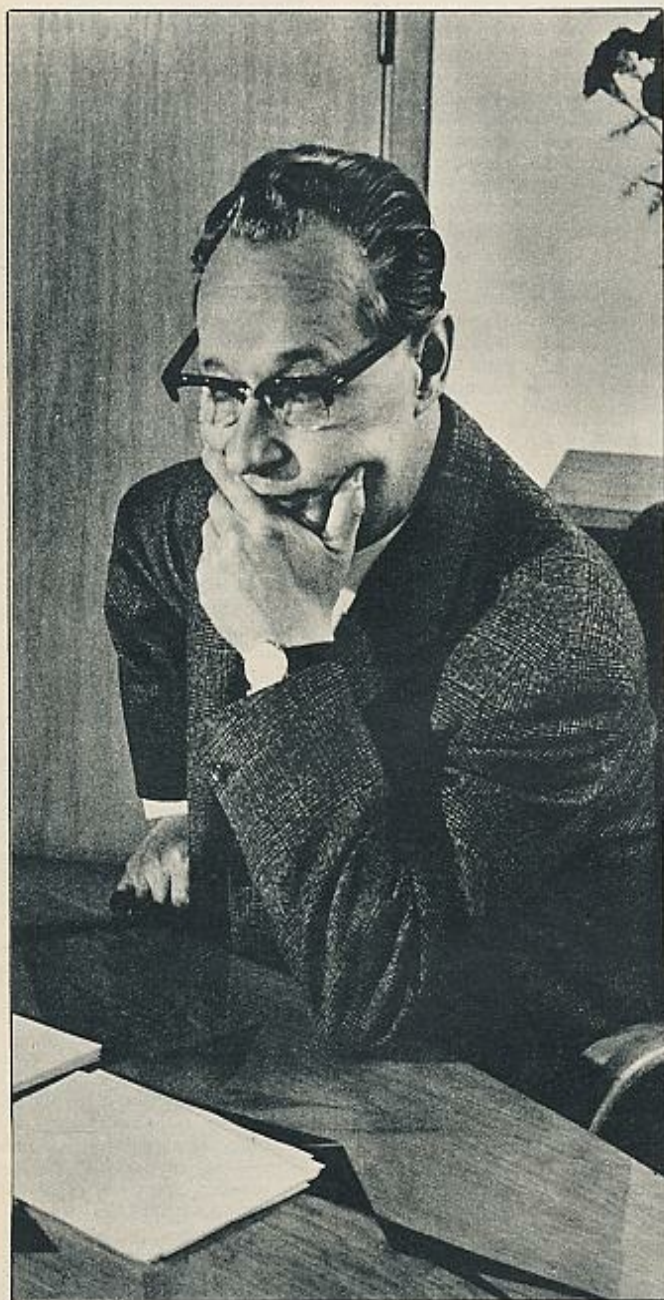
GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE DUBCEK



La expulsión de Dubcek del partido comunista checoslovaco no es, probablemente, el último episodio de la reconversión del país. Por el contrario, parece ser el principio de algunos otros acontecimientos. Significa una derrota de sus defensores: del primer secretario, Husak; del Presidente Svoboda, de los moderados Erban y Colotka, que forman el cuarteto contemporalizador dentro del Presidium. Están en minoría. Los otros siete —el Presidium tiene once miembros— defienden, con distintos matices, la línea dura y alguno de ellos pretende que la exigencia de responsabilidades por la tragedia de Checoslovaquia llegue a la celebración de procesos públicos. La lucha entre estos dos grupos se viene disputando hace tiempo. Husak tomó la medida de alejar a Dubcek, encargándole de la Embajada en Turquía, creyendo que podría ser suficiente. No lo ha sido. La destitución de Dubcek como embajador y ahora su evicción del partido comunista, señalan la pérdida de poder de Husak. Sostenido todavía por la Unión Soviética, parece desbordado por los «ultras» de su propio partido. La entrega de su compañero Dubcek parece una trinchera que ha tenido que abandonar para

continuar la defensa en líneas más rezagadas. Ahora la línea de defensa está en la evitación de los procesos políticos. «No habrá construcción artificial de pretendidos procesos políticos», ha dicho Husak en su informe al Comité Central.

Pero habrá otras limitaciones a las libertades. «No habrá "libertad" en nuestro país para la propaganda antisocialista y para la organización de fuerzas contrarrevolucionarias», desaparecen algunas instituciones: «Es sabido que ciertos Institutos teóricos, comprendidos los del partido, se habían convertido en centros de oposición ideológica y política; por ello hemos suprimido el Instituto de Historia del Socialismo y el Instituto de Ciencias Políticas, dependientes del Comité Central, en los cuales numerosos miembros habían adoptado posiciones antipartido y revisionistas», se ha sujetado a la prensa («el partido ha puesto orden en sus propios medios de información, ante todo en Rude Pravo y Pravda, de Bratislava»), se ha fijado la tarea de «luchar contra todas formas de nacionalismo» y refuerza su vigilancia contra los intelectuales: «Sería falso no ver que los representantes del oportu-



mo y los organizadores de la contrarrevolución se han reclutado en las filas de los intelectuales».

Es evidente que este discurso dista mucho de ser un punto final y señala que la crisis «está aún abierta», como dice en un artículo el secretario general del partido comunista italiano, Luigi Longo: «No creemos que esta crisis puede ser, de ninguna forma, resuelta de forma positiva siguiendo el camino abierto por decisiones como las que han sido adoptadas estos últimos tiempos por el Comité Central del partido comunista checoslovaco, y recurriendo a métodos que han sido objeto de una crítica y de una autocrítica abiertas por parte del movimiento comunista internacional». Puede decirse que estas opiniones críticas de los movimientos comunistas son las que han ido conteniendo o retrasando las medidas de represión propugnadas por los «duros». Y las que aún mantienen en el poder a Husak.

La línea de ataque contra Husak está dirigida, al parecer, por Antonín Kapek, dentro del Presidium. Kapek se lamenta de la existencia de una baja moral en el partido: en Praga sólo pertenecen

a él el 9 por 100 de los trabajadores, y los trabajadores son solamente el 16,5 por 100 de los militantes; de los 145.000 militantes, sólo 70.000 compran regularmente el órgano oficial del partido, *Rude Pravo*; a las convocatorias de reunión del partido sólo asiste el 40 por 100 de los llamados. La solución, para Kapek, está en la depuración. Hasta el 15 de abril, las expulsiones del partido —que tiene en todo el país millón y medio de afiliados— eran de un 10,2 por ciento. El 15 de abril hubo una discusión en el seno del Comité Central y, a pesar de la oposición de Husak, decidió aumentarse el rigor de las depuraciones, que alcanza ahora ya el 22 por 100 de los militantes. Husak fue derrotado también en la propuesta de amnistía para el 9 de mayo —aniversario de la liberación de Praga— y en su defensa del presidente del Tribunal Supremo, Otamar Bocek, que ha sido finalmente destituido. Sin embargo, los insistentes rumores de que los dos defensores «menores» de Dubcek —Colotka, primer secretario eslovaco, y Erban, dirigente sindical— iban a ser destituidos del Comité Central no se han confirmado.

En cuanto a Dubcek, hay que considerarlo bajo dos aspectos. Uno de ellos es el mítico: su nombre simboliza la experiencia que se llamó «socialismo con rostro humano», el «nuevo curso» del comunismo, y su caída final en medio de otras depuraciones significa el final de esa experiencia. El otro aspecto de Dubcek es el del comportamiento político. Parece que una gran parte de los checoslovacos le consideran efectivamente responsable de la tragedia del país por no haber sabido consolidar la revolución que él mismo había lanzado, por no medir sus pasos, por no advertir que había un riesgo real de explotación de su movimiento por parte de los países occidentales, por no creer nunca que la Unión Soviética fuese a cumplir las amenazas que le reiteró de intervenir en Checoslovaquia. La noche en que las fuerzas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia, Dubcek pronunció esta frase: «Nunca creí que pudieran hacerme esto, después de haber dedicado mi vida entera a la cooperación con la Unión Soviética; esta es la gran tragedia de mi vida». La reducción a cuestiones puramente personales de un importante movimiento político revela un grado de ingenuidad y de buena fe que pueden ensalzar a un hombre, pero que no tienen que acompañar necesariamente a un primer ministro.

En la autocrítica de Dubcek ante el Comité Central, el año pasado, admitió fácilmente que había pecado de exceso de optimismo y que no había sabido dirigir el movimiento que él mismo había lanzado. Es posible que si entonces hubiese escuchado a Husak y al propio Svoboda, la historia y las circunstancias de su país hubiesen cambiado notablemente. Para ello hubiese tenido que endurecerse dentro de su propia línea, apartar y reprimir a los que ahora le castigan, impedir el aspecto antisoviético que tomaba el movimiento de Praga —contra sus propios sentimientos— y maniobrar con una capacidad de la que poseía. Aunque en ese caso se hubiese sentido traidor a los mismos principios que trataba de implantar. En muchos aspectos, Alejandro Dubcek fue, en 1968, un aprendiz de brujo.

No parece que sea demasiado justo apiadarse por el símbolo caído, cuando el verdadero drama parece estar en ese 22 por 100 de depurados, que en un partido de millón y medio de militantes suponen casi cuatrocientos mil excluidos, con una tragedia encima que no es solamente de índole moral, sino de una serie considerable de dificultades que se van a acumular en su vida diaria, en su trabajo y en su integración a la sociedad. Y, de una manera general, a todo un país que en 1968 dio pruebas de unanimidad revolucionaria y del conocimiento claro de lo que deseaba en su futuro. Dubcek, desde la buena fe, desde un ideal del comunismo que no le abandonó toda su vida, sirvió sin desearlo, sin sospecharlo y sin creerlo aún, de agente provocador.

Sin embargo, puesto que los simbolismos son todavía tan considerables, en este idealista roto que ni siquiera en el momento amargo de su autocrítica se negó a reconocer como válida la entrada de las tropas soviéticas y el peligro de una contrarrevolución brotada de Occidente, y en el apoyo que prestan a ese símbolo algunos de los movimientos comunistas internacionales —como el italiano— pueden encontrarse muchos puntos válidos, algunos jalones para el futuro.